



Cuentos de hotel con ritmo de jazz

Jesús Vicente García

DENTRO DE LA LOGÍSTICA DEL AMOR, un hotel simboliza la cúspide del deseo, el lugar adecuado para lo prohibido, el alquiler del espacio que permitirá despertar los sentidos entre la oscuridad. Sin embargo, el *lobby* de un hotel, el bar o la cantina son los puntos para que la soledad sea menos peligrosa; es la libertad y al mismo tiempo la búsqueda de la identidad. Pensamos en nosotros mismos, puesto que no es nuestro espacio cotidiano, por eso abre la posibilidad de ver hacia dentro.

Los hoteles son como las ciudades: para conocerlos hay que perderse en ellos, en sus cantinas y en sus recámaras, platicar con los cantineros-psicólogos, grandes maestros de las relaciones públicas, dejarse mirar por las mujeres grotescas, por esos hombres del alba que menciona Efraín Huerta, sentir sus aromas, saberse dueños de esos vacíos para llenarlos con el otro vacío, el nuestro, y explorar, a golpe de tragos, nuevas experiencias. La vida nos da esa opción; también la literatura.

Vi a una mujer entrar al lobby

Tayde Bautista, egresada de la escuela de escritores de la Sogem, obtuvo el primer lugar en el Premio Nacional de Cuento Juan Vicente Melo 2010 con la obra *De paso*, conjunto de textos cuyos títulos son nombres de hoteles en los que se desarrollan las historias. El tema es la búsqueda de identidad, a partir del anhelo de ser libre y el hartazgo de la soledad. El personaje principal de los cuentos anda en el intento de ser diferente. Lo han amoldado de una manera que ya no le place, quiere ser otra persona, de ahí que los bares de los hoteles, los vodka tonics, sean un intento de



Fotografías: Alejandro Arteaga

romper con la vida que lleva. Es como si en cada visita al bar de un hotel intentara darle un porcentaje de fuerza al azar; para qué pensar en el mañana si el hoy, esta noche, es lo que se está viviendo. Es un aparente e infructuoso *carpe diem*: cuando todo indica que la mujer se irá hasta la cocina con el personaje-galán, echa reversa, sale del bar, huye.

Los elementos narrativos de Bautista

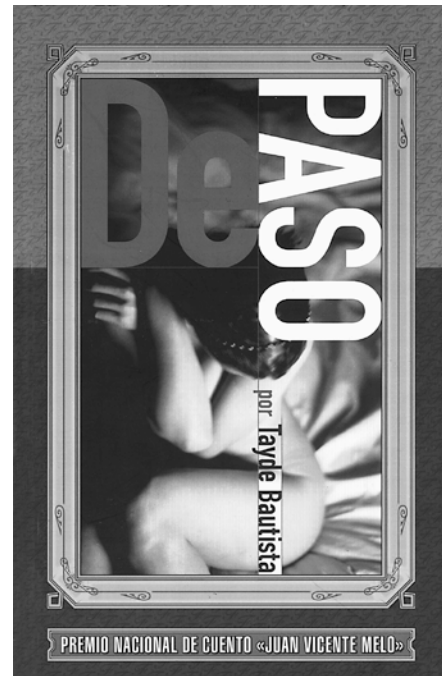
Nuestra autora maneja bien las dos historias de las que habla Ricardo Piglia: la explícita y la que hay debajo, la que permite que se genere la historia de arriba. La primera es la mujer que anda en los bares de los hoteles en búsqueda de romper la monotonía, de ser otra, de tocar la libertad; la segunda es su hartazgo de la “vieja”, de una “Ella”, a la que tiene que atender, a pesar de las humillaciones y el control que ejerce.

Los primeros nueve cuentos tienen la misma estructura, fondo y tema, con la salvedad de esta segunda historia que va asomando la cabeza poco a poco, lo que le da una forma de capítulos a los relatos, como una novela sin llegar a serlo; quizá éste sea un gancho que atrapa al lector, porque los finales no sorprenden, y forma y fondo —en apariencia— no exigen rigor en

la recepción, lo que no implica que la obra en cuestión sea de baja factura. Es decir, hay una concatenación de los cuentos con el personaje. Motivos: la soledad, la libertad y, en consecuencia, la búsqueda de identidad que domina toda la obra.

De entrada, Bautista nos plantea en primera persona la visión del bar mediante su personaje femenino que carece de nombre. Dentro del *lobby*, recrea el ambiente, describe con brevedad a los personajes, generalmente cantineros y parroquianos. El espacio hace el cuento. De acuerdo con el contexto en que se mueve la mujer, será la anécdota. Los primeros *lobbys* de los hoteles son de ambientes populares. Describe su forma de vestir (ropa que usaba la “vieja”), quiere ser como ella, que es su antítesis. “Ella” es manipuladora, prepotente, una dictadora. Nuestra protagonista es tímida, sin autoestima, retraída, miedosa, con deseos de libertad; se identifica más con los bares de barrio (también los hay de cinco estrellas, “Hotel Sheraton”, por ejemplo), a los que adjetiva de sucios, oscuros, sin chiste; no cubren las expectativas creadas. Con pincelazos, el cantinero le dirá algo al vuelo, algún dato del pianista, de la mujer de enfrente que se le queda viendo, de algún músico o cliente. La mujer se relacionará a

Tayde Bautista
De paso
México, Ficticia
2010, 86 pp.



partir de su timidez. Aunque desea ser amada, celada, querida, sus intentos para concretar un amor son cancelados por ella misma.

La mujer de los *lobbys* llega al punto de metamorfosearse con la “vieja” que odia. Cuando muere, se alegra, pero al tocar la libertad, sucede que no sabe qué hacer con ella, porque no la conoce. En ese aparente paraíso, se acentúa la soledad y descubre que es una inútil para la vida práctica. Esto sostiene que el tema que engloba el libro es la búsqueda de identidad, pues la libertad la llega a tener; quiere ser como “Ella”, que es su único modelo de mujer libre que conoce. Se busca y no se encuentra en los primeros siete cuentos.

Los hoteles son el espacio exterior para la búsqueda interior. Son el símbolo de la vida, que es de paso también. Ella entra al hotel para olvidar y tenerse a sí misma; es su contradicción. El hotel es símbolo del útero materno, de esa otredad y efecto espejo; regresa siempre, como la ola en la playa, con ese ritmo de vaivén, como un jazz suave que siempre está de fondo. Es hasta “Hotel Asturias” cuando parece que habrá un despertar de la mujer, que todo el tiempo es eclipsada por la vieja, pero no es así. Aquí, Tayde Bautista introduce otro tono al libro, rompe con lo anterior, lo cual confirma el ritmo de jazz; se agradece, porque a decir verdad la forma de cada cuento y su estructura llegan a parecer monótonos, que es salvable por esa misteriosa “vieja”, con su carga simbólica generacional, en que las ideas arcaicas desean aplastar a las nuevas a toda costa.

La otra parte, lo simbólico

Viene “Hotel Moscú”, un cuento del género negro, dinámico. El único narrado en tercera persona. Es un hotel lleno de asesinos, violadores y rateros, al que dos mujeres van por información para llegar con un tipo que se les fue con el dinero de la “mercancía”. El hotel es lugar de encuentro y medio de información del bajo mundo. La muerte es esperada como algo inminente. La muerte da vida.

Acto seguido, en “Hotel Nueve”, el lector se encontrará con un cuento con elementos fantásticos, en que la protagonista sale de un espacio para entrar a otro: de un departamento se desplaza al *lobby* de un hotel de mala muerte, donde le dicen que no debe estar por ser peligroso. Verá a “Ella” muerta. A partir de aquí, la joven se metamorfoseará en la “vieja” y alquilará un departamento igual al que ésta tenía. En la segunda parte del cuento está lo onírico. Su amiga Alicia le contará un sueño: a un conjunto habitacional llegan manadas de cisnes blancos que causan terror (como en *Los pájaros*, de Hitchcock), porque cada que alguien muere, le salen alas de cisne, incluso a través del fétetro. A “Ella” le sucede en su ataúd: aparece la cabeza de cisne en un extremo y flota. ¿Qué significa esto? Si el cisne es el símbolo del modernismo, de lo



otros cuentos, porque el que cierra es la suma de los anteriores. El espacio tiene su función: entre locos y asesinos se siente bien la mujer, aunque se queje; en el hotel Azul está la locura. El azul es frío, alude al hielo y a la nieve exterior e interior. Algunos de los personajes ni siquiera saben que están ahí, les da igual. El cuento tiene elementos de dominación del

hombre por el hombre, de la mujer por el hombre; es, digamos, un homenaje a la fuerza de la mujer y ahí radica su importancia también.

La estructura del libro tiene un objetivo que se antoja disonante, de jazz, de ola que rompe el vaivén. Por eso, la tercera parte contiene la cereza del pastel. Cuando parece que todos los cuentos seguirán con la misma forma, de pronto cambia la ruta hacia un delirio del cual carece el personaje principal, que no tiene nombre, porque puede ser toda mujer que se busca, que no quiere ser la que le dijeron que fuese, sino la que ella desea ser. Entonces, las herramientas de los géneros fantástico y negro son las antorchas que iluminarán al lector en esa aparente oscuridad del hotel Azul, lleno de pecaminosos, de locos, en donde posiblemente los “incapaces”, los distintos, los dementes, sean la mujer y nosotros los lectores. Habría que buscarnos y leernos, aunque el costo del encuentro sea la estancia en ese hotel que no alberga visitas, que ya no es de paso, sino un edificio destinado para la eterna búsqueda de identidad. **▲▲**

bello, aquí es lo contrario; es decir, los muertos vuelan, se hacen “bellos”, provocan miedo y adquieren libertad, en tanto que ella parece que sigue igual o peor de sola. Está anclada a la enfermedad de las sociedades modernas: la soledad. El significado de los símbolos se trastoca.

La identidad

Esto se entiende en el último cuento, cuya trama es distinta de todos, pero no en lo simbólico. “Hotel Azul”: una cárcel para locos o un manicomio para trasgresores de la ley. El personaje principal es la jefa del lugar que a su vez experimenta con su subalterno. A ella le gusta ordenar y hacerlo sentir mal cuando coquetea con otro. Se sabe celada, deseada. Ha cambiado. Son meras relaciones de poder.

El hotel Azul es símbolo del encuentro de la identidad; sólo entre las inmundicias humanas se encuentra el ser. Y aquí no importa si hay ilación con los